

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

LA EGOENCIA DEL SER

Conferencia pronunciada en Agosto de 1969 en la Ciudad de
Buenos Aires



Parte I

S U M A R I O

ANUNCIO PROFÉTICO EN EL HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO.

ALUMBRAMIENTO DE UN NUEVO ESTADO DE CONCIENCIA.

METODOLOGÍA EN FUNCIÓN DE LA EGOENCIA

I

ANUNCIO PROFÉTICO EN EL HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO

ALUMBRAMIENTO DE UN NUEVO ESTADO DE CONCIENCIA

Señoras y señores:

Vamos a intentar una comprensión del emerger del hombre nuevo y de su estructura fundamental de ser.

Iremos desarrollando algunas ideas de lo que hemos dado en llamar “Gérmenes de Futuro en el Hombre”. Estas ideas han sido expuestas conceptualmente en mis libros “Gérmenes de Futuro en el Hombre” y “El Camino de la Egoencia”, pero ahora utilizaremos otro medio de comunicación que es la palabra viva por un lado, y nuestra capacidad de recepción y resonancia anímica por el otro.

Debo confesarles que a pesar de haber escrito dos libros sobre este “despertar del hombre nuevo”, no me resulta fácil hablar sobre el tema. Es como si al querer comunicarme con ustedes tuviera que hacer de nuevo el esfuerzo por traducir en palabras lo que pienso y lo que siento acerca de la *vida* nueva que quiere surgir entre nosotros. Claro que me resultaría más fácil repetir los conceptos que yo mismo he desarrollado en mis escritos, pero, entonces, eso ya no sería una corriente de transmisión de *vida*, serían re- cuerdos fijados en el tiempo. De modo que este medio verbal que queremos poner en juego en este instante,

tiene justamente la intención de que podamos “sintonizarnos” y “resonar” juntos a eso que llamamos “lo nuevo” que hay en cada uno de nosotros. Necesariamente tengo aquí notas que me servirán de guía, pero me doy cuenta de que lo fundamental en la transmisión viva no son los conceptos ni las notas. Vean si pueden ustedes, entrar en sintonía conmigo para captar lo “esencial” de lo que queremos decirnos. No se detengan demasiado en las “formas” verbales, sino intenten resonar con la *corriente de vida* que quiere manifestarse desde el instante mismo en que estamos aquí reunidos como almas.

Vuelvo a repetir lo que dije al comienzo: intentaremos en estas conferencias una comprensión del “emerger del hombre nuevo” y de su “estructura fundamental de ser”. *Comprender* al hombre nuevo, *sintonizarnos* con su ser, para poder *experimentarlo* y *vivirlo* dentro de nosotros mismos, no es fácil.

Tenemos que *abrir nuestra alma* a su misterio, tenemos que *abrir nuestra mente* y tenemos que *abrir nuestro corazón* para que el germen de lo “nuevo” se anide en él y se haga *vida*. Si esta triple “apertura” de nuestra *alma*, de nuestra *mente* y de nuestro *corazón* no se produce, el nuevo hombre continuará siendo para nosotros un hermoso tema de ciencia ficción pero no será una realidad viva.

Es decir, que no es fácil hacer de esto una vivencia. Seguramente nos entenderíamos mejor si habláramos del hombre fósil o de las ruinas de Egipto, que de lo nuevo que quiere nacer en el hombre. Es decir, de las cosas estructuradas y hechas formas en el pasado tenemos un modo de comprenderlas, precisamente porque ya están hechas y tienen una carga de significado histórico. En cambio, cuando queremos aprehender al misterio del hombre nuevo, tenemos que acercarnos a algo o mejor dicho, a alguien, que aún está en “gestación”, que aún está en su comienzo.

También nos resultaría más fácil hacer la crítica del hombre viejo, o hacer la crítica de la sociedad actual, de su alienación y de su patología, temas de que andan llenos los libros y las películas de hoy, porque se toma conciencia de un

mundo que ha acumulado historia y patología humana. Hay muchos trabajos de psicólogos y sociólogos en donde se ponen al descubierto los vicios y las deficiencias del mundo actual, pero hay muy pocos aportes que presenten realmente lo “nuevo” que está surgiendo en el hombre, como para ofrecer a la humanidad en nuevo punto de partida. Es decir, que es fácil criticar lo viejo pero no es tan fácil detectar lo nuevo.

¿Por qué esta dificultad para “ver” lo nuevo, para “resonar” a lo nuevo?

Porque nuestra mente está más acostumbrada a percibir lo que está “fuera” de nuestro ser que lo que está “dentro” de nosotros mismos. Estamos condicionados a un movimiento centrífugo de nuestros pensamientos y sentimientos, pero aún no hemos aprendido a lograr un movimiento adecuado de repliegue sobre nosotros mismos que nos permita captar lo que se “gesta” en nuestro ser; siglos de acostumbramiento de la mente a funcionar en una dirección centrífuga, nos hace torpes en la ejercitación de un nuevo instrumento que es indispensable para percibir fenómenos que se dan en una dimensión diferente y que tienen una calidad diferente. Este cambio de foco, este cambio en la dirección del movimiento que intentaremos realizar en estas conversaciones con ustedes para captar la esencia del hombre nuevo, requerirá de todos nosotros una máxima atención y una máxima capacidad de sintonía, de apertura y de flexibilidad mental. Si no existe este tipo de flexibilidad, de capacidad de moverse en dirección opuesta con cierta soltura –como hacen los astronautas, que tanto están con la cabeza para arriba como para abajo–, sin este tipo de flexibilidad de la mente y del corazón, es muy difícil aprehender una esencia que, de aplicar exclusivamente el instrumento objetivo racional, se nos escaparía con toda seguridad de las manos.

Además, estamos acostumbrados a ver el *desarrollo exterior*; estamos acostumbrados a valorar el *progreso*; estamos acostumbrados a valorar la “explosión” del desarrollo en el mundo, pero carecemos aún del instrumento adecuado para ver la “implosión” que está ocurriendo en el hombre. Utilizo ex profeso estas palabras de contraste para ganar algunos primeros puntos de

referencia en esta exploración de lo desconocido. Una “explosión” nos resulta fácil de entender, pero una “implosión” no sabemos de entrada bien lo que es, la mente habitual carece para ello de punto de apoyo, ¿no es así? Sin embargo, estas palabras no son solamente palabras, algo quieren decir.

Nos resulta más fácil apreciar lo *ponderable* que lo *imponderable*; nos resulta más fácil ver y conocer la *materia* que la *antimateria*. Es más fácil ver lo que *muere* que lo que *nace*; podemos registrar y describir el accidente, la desgracia, la muerte, la decadencia, la vejez, las civilizaciones que decaen, pero se nos escapa el momento de gestación de los hechos y de la vida.

Es más fácil ver lo *activo* que lo *potencial*; lo *determinado* que lo *indeterminado*; es más fácil apreciar la grandeza y utilidad de una catarata que está moviendo una usina que la energía potencial de un lago quieto que a primera vista no nos dice para qué sirve.

En otros términos, y en resumen: es más fácil ver y comprender el *árbol* que la *semilla*. Y lo que llamamos “hombre futuro” y “hombre nuevo”, más tiene hoy de semilla y de germen que de árbol desarrollado.

Preguntémonos: ¿es fácil comprender una semilla, un germen?

En la medida que quisiéramos comprender la semilla como cosa material, como objeto individualizado, tal vez diríamos que sí. Podríamos conocer su composición química, el porcentaje de agua, de almidón, de proteínas o de aminoácidos que contiene; o podríamos examinar al microscopio su estructura celular. Pero la semilla en cuanto “germen de vida” es incomprensible a la mente racional, carece de sentido para ella. La semilla –en cuanto tal– recién podemos comenzar a entenderla cuando al contacto con la humedad y el calor de la tierra y al influjo de la radiación solar, se ha manifestado un movimiento activo de germinación y podemos de alguna manera captar la proyección y el destino de dicha semilla, el futuro de la misma, su para qué.

No sé si se dan cuenta de lo que quiero decir con esto. Quiero significar que la semilla sólo tiene sentido dentro de un contexto de vida universal; dentro de un contexto total de energía telúrica y de energía cósmica, y dentro de una unidad de sentido que incluya su principio y su fin.

Cuando nosotros hablamos de “gérmenes de futuro en el hombre” estamos hablando de un nuevo estado “germinal” de conciencia, de algo “nuevo” que quiere “nacer”, que no vemos pero que presentimos, que tiene el carácter de profético en nuestra alma; profético no en el sentido de un anuncio que alguien nos traiga desde afuera, sino como nuevo fenómeno humano que se está gestando en la conciencia interior de muchas almas, y que se anuncia a sí mismo como un estado de inquietud, de ansiedad, de espera, de una espera que algo nuevo ocurra, que advenga algo —en el sentido de un advenir esencial que viene dándose desde el futuro—. Esta angustia, que tiene sus raíces en el ser, cuando no es reconocida en su origen, se proyecta hacia el mundo exterior y se traduce, entonces, en una espera que algo ocurra fuera de nosotros; esperamos que advenga algo en el mundo, que ocurra algún cambio, que pase algo, que suceda alguna cosa importante que cambie el rumbo de nuestro modo habitual de vida, que venga algún cambio social, que venga algún plato volador o que alguien nos traiga un nuevo mensaje de salvación o, simplemente, esperamos conquistar por nuestro esfuerzo mejores condiciones materiales de vida.

Pero el anuncio de que hablamos se traduce en un tipo de espera totalmente diferente a todas las demás esperas que conocemos en la vida corriente. Se trata de una espera existencial —si ustedes quieren—; es la espera del advenimiento de un nuevo *ser* en nosotros. Podemos esperar muchas cosas que nos ocurran en la vida, pero hay una espera que es *única* y que afecta *fundamentalmente* a nuestro ser, y es la espera de que pueda darse un estado de conciencia en que lo humano que somos entre en armonía y unidad con un todo trascendente que no conocemos pero que presentimos. Y el anuncio interior de que este nuevo estado de *vida* pueda darse en nosotros no sólo como posibilidad sino como realidad, tiene el carácter de

profético. Para este tipo de fenómeno cada uno de nosotros es profeta, porque es intérprete de una Voz que se da en las profundidades de nuestra conciencia aunque no siempre la sepamos interpretar.

Dijimos que se anuncia como una angustia existencial que puede interpretarse de muchas maneras pero cuyo íntimo trasfondo desconocemos; es una desazón interior similar a la de una *madre* cuando va a tener un hijo: es una espera de “gestación” en la intimidad del ser.

En una palabra, se anuncia como una necesidad de ser, y si hay algo en nosotros que podamos considerar una necesidad fundamental, que está más allá de las necesidades de sexo, de comer y de dormir y más allá de las necesidades sociales, políticas y económicas que hoy se manifiestan en el mundo, es la necesidad que tiene el hombre de ser verdaderamente hombre.

El hombre actual tiene necesidad de una apertura de su ser a una totalidad de vida universal que intuye, que presiente, pero que no vive.

Muchas de las angustias humanas, que suelen atribuirse arbitrariamente a causales psicológicas o a problemas económico-sociales son, en su raíz, angustias existenciales y revelan, más que nada, una carencia de sentido y una necesidad de ser diferente. Esta necesidad de ser se registra en la conciencia interna de la humanidad de nuestro tiempo con una intensidad creciente, incrementando al mismo tiempo un potencial de angustia desconocido en tiempos pasados. Dicha angustia, volvemos a repetir, no es solamente una ansiedad psicológica, ni puede explicarse, así nomás, por los conflictos emocionales, de orden social o económico a que pretendamos reducirla –aunque tales conflictos existan realmente– sino que está revelando la presión gestante de un nuevo estado de conciencia: de alguna manera, y en alguna medida, el hombre actual intuye un “más allá de la existencia cotidiana” y siente la necesidad de unión de valores humanos y divinos que han permanecido hasta ahora separados en el campo de su conciencia.

Este germen gestante que está despertando en todos nosotros, y que como estado de conciencia calificamos como “egoencia del ser”, tampoco puede ser comprendido sino en el contexto de la vida universal y planetaria, en que se manifiesta. Así como en el ejemplo de la semilla a que hacíamos referencia anteriormente, la egoencia no puede ser comprendida sin un “cielo”, una “tierra” y un “destino”: sólo tiene sentido dentro del proceso evolutivo de la gran obra universal y en un nuevo tiempo cósmico.

A ver si puedo explicar un poco mejor lo que quiero decir: decíamos que una semilla no puede ser comprendida sin una tierra que la albergue y un sol que la fecunde, y sin un destino que presida su nacimiento, crecimiento y desarrollo; pero tampoco podemos entender la “egoencia del ser” como nuevo estado de conciencia, si no lo referimos a una visión del cosmos y de la vida universal.

Algo está ocurriendo ahora en el devenir cósmico, y si no podemos intuir lo que está pasando en la vida del universo es muy difícil que podamos entender lo que se traduce por inquietud y desazón en nuestra propia vida, en nuestra propia alma y en nuestro propio ser. Desconectada nuestra angustia existencial y nuestra ansia de ser del gran panorama de la vida universal, desconectando nuestro ser del sentido que tiene en el contexto cósmico, y desconectada nuestra persona de las corrientes energéticas y espirituales del universo y de las corrientes vitales terrestres de la humanidad en su conjunto, es imposible comprender el nacimiento a un nuevo estado de conciencia —“egoencia del ser”—, porque sería hacer del hombre nuevo una imagen falsa; es querer captar una totalidad humana poniendo previamente un cerco de limitación a la totalidad cósmica en que dicha nueva humanidad se manifiesta: es como querer entender la semilla haciendo caso omiso de la tierra y del sol. Querer entender la semilla desconectándola racionalmente del contexto cósmico-terrestre en que se manifiesta su vida, es algo imposible. Y por ese mismo motivo es difícil hoy a la mente, acostumbrada a examinar parcialidades humanas, comprender lo que hay de nuevo en el hombre.

Nosotros vamos a intentar primero aventurarnos en lo desconocido, abrir nuestra alma intuitivamente para aprehender lo que está ocurriendo hoy en el universo, aunque esto parezca una utopía o una empresa demasiado fuera de las fuerzas habituales del hombre común, para tener en dicha intuición original un punto de partida seguro para comprender la “egoencia”.

Algo extraordinario está ocurriendo en el universo en esta época en que nos toca vivir. Algunos grandes seres han percibido esto desde las primeras décadas del siglo. Ellos vieron el fulgor del alumbramiento de una “nueva estrella” que marca el nacimiento de un nuevo tiempo cósmico: fueron los grandes profetas de la era moderna.

¿Quiénes son estos seres extraordinarios?

Los más conocidos son los padres de la ciencia moderna. Ante ellos nos inclinamos humildemente con respeto y reverencia porque han revelado al hombre leyes del universo que eran totalmente desconocidas. Por resonancia de su propia alma con el misterio de lo desconocido y por un estado anímico semejante al de los amantes o al de los místicos, como confiesa Einstein, el científico moderno ha podido intuir las leyes más generales del universo. Dichas fórmulas madres pudieron luego reducirse a expresiones matemáticas y a resultados tecnológicos, pero fueron los sabios inspirados quienes primero trajeron la idea de una nueva imagen del universo.

Hay otros grandes seres, menos conocidos, que han contribuido y contribuyen con su poderosa energía a aportar nuevas corrientes de amor a la humanidad. Son los Grandes Maestros del Corazón a quienes menciono en mi libro “Gérmenes de Futuro en el Hombre”: yo reconocí a uno de ellos en Don Santiago Bovisio, quien fue mi maestro y mi director espiritual; a su presencia me di cuenta de los valores íntimos de estos hombres humildes que poseen una fuerza del corazón totalmente desconocida en la humanidad actual, que pasan casi inadvertidos para el común de la gente, pero que aportan un quantum de energía de

amor necesaria para fecundar los anhelos de la nueva humanidad.

Pero no hace falta ser tan grande como estos seres que se anticipan a los tiempos; no hace falta ser Maestro de la Ciencia o Maestro del Corazón para “ver” lo que está ocurriendo en el universo. La misma grandeza la tienen, en cierta medida, las almas simples. Yo rindo homenaje a estas almas simples a quienes coloco en una tercera jerarquía, junto a los Grandes Maestros de la Ciencia y a los Grandes Maestros del Corazón, porque soy un convencido de que el alma simple, el alma que no está sofisticada con los residuos de una época de decadencia, tiene suficiente limpieza en su corazón como para poder espejar en su pequeñez la grandeza del alumbramiento cósmico. Y hoy se vuelve a repetir lo que dijo Cristo en el Evangelio: que muchas verdades ocultas a los sabios y a los entendidos, se revelan a la mente y al corazón de muchas almas simples. Estas almas simples tal vez no tienen suficiente instrumento racional como para traducir conceptualmente lo que perciben dentro de sí mismas, pero tienen suficiente grandeza espiritual para reconocer los signos de los nuevos tiempos.

En resumen, los grandes maestros de la ciencia, los grandes maestros del corazón y las almas simples vieron que se abría un nuevo “cielo” y una nueva “tierra” y que en ese “nuevo espacio” y en ese nuevo “tiempo”, la vida del hombre adquiriría un “nuevo sentido”.

“Gérmenes de futuro en el hombre” no es sólo el título de un libro; no es una utopía ni una teoría; no se refiere a un sistema filosófico ni a una nueva concepción teórica del mundo y de la vida; no estamos hablando de una profecía en el sentido de lo que va a venir, de lo que puede ser; no estamos hablando de ciencia-ficción, de tecnología de futuro ni de sociedad utópica, sino que es una realidad existencial que hoy se da como germen en el hombre y que mañana será el modo de vivir de los hombres que vendrán. Es decir, estamos hablando de nuestra propia vida, de lo que en alguna medida hemos también nosotros percibido en nuestra propia conciencia y estamos dando testimonio de lo que hemos visto y de lo que hemos vivido.

Será mucho o poco; no sé si nuestros ojos tendrán largo o corto alcance y si nuestro corazón tendrá mucha o poca capacidad de amar, pero hoy en día es necesario dar testimonio de lo que uno ha visto y de lo que uno es. Si se ha visto algo, si se ha sentido algo como una experiencia concreta –no como una ilusión– debe darse testimonio ante los demás hombres porque ellos necesitan de dicho testimonio, no para seguirnos, porque eso sería una ilusión más, sino como punto de contacto para reconocer y activar en sí mismos una experiencia similar.

En cada uno de nosotros hay un germen potencial de nueva vida, pero no nos engañemos, este germen de nueva conciencia, de nuevo ser, es como una semilla, también necesita un padre y una madre; no puede desarrollarse por sí mismo, no hay tal “autodesarrollo”, necesita un con-tacto con las corrientes cósmicas de activación de la egoencia y también un contacto con las fuerzas terrestres, con las fuerzas de una humanidad que hoy presiona colectivamente para alcanzar un nivel más elevado de vida. Sin esta doble activación, sin este doble contacto entre la energía-conciencia cósmica y la energía terrestre, entre la conciencia divina y la voluntad humana, no hay posibilidad de desarrollo del nuevo individuo.

Muchas de estas ansias de advenimiento de lo nuevo a veces abortan y otras ni siquiera comienzan a desarrollarse porque falta la predisposición para ponerse en con-tacto con las fuerzas fecundantes de la vida.

Esto es un concepto un poco difícil de aprehender, que posiblemente lo desarrollaremos mejor en otras conferencias, pero vean ustedes, aún en un campo pequeño, a nivel doméstico, a nivel de las relaciones humanas, de la comunidad humana, tendrán un ejemplo de lo que quiero decir. Ustedes se habrán dado cuenta de que si no hay una presencia humana fecundante, las almas se esterilizan unas al lado de las otras, ¿no es así? ¿Por qué hay tantos seres fracasados en el mundo?, ¿por qué hay tantas parejas que no se entienden?, ¿por qué hay tanto desencuentro entre padres e hijos?, ¿por qué hay tanta decadencia en lo espiritual? Porque falta

el clima, el *medio* genuinamente humano que fecunde las posibilidades de las almas. Si una pareja de jóvenes, por ejemplo, se constituye con las mejores ansias de vida superior, con las mejores ansias de amor y de ser, con las mejores intenciones de formar una familia que canalice una obra para la humanidad, si no hay en dicha comunidad incipiente un “medio humano” suficientemente potente que sea corriente activadora de aquellos anhelos, podrá haber, tal vez, un progreso y un crecimiento de bienes materiales, pero no habrá fecundación y crecimiento en las almas reunidas. Para que el alma crezca y se desarrolle espiritualmente hace falta una corriente fecundante, un “clima” si ustedes prefieren llamarlo así, un medio de transmisión del sentido de lo humano que es algo más que la herencia puramente biológica.

Si la pareja humana, si la familia humana, si la comunidad humana carecen de ese “elemento” sutil que a veces creemos tener y no tenemos; si carecen de esa energía espiritual, de esa energía cósmica que hace germinar las semillas, desarrollar las plantas y abrir las flores; si ese imponderable no existe, no queda nada más que el encadenamiento esclavizante de las almas unas con otras, el desarrollo material y la decadencia espiritual.

Esto tiene mucha importancia en los niños: ellos pueden estar muy bien dotados por la naturaleza, tener buena inteligencia, no tener defectos físicos y haber recibido una buena herencia biológica, pero si no hay “clima humano” que los estimule, si no hay contacto energético vivificante con una corriente de vida superior, no se activa el desarrollo hacia las formas más elevadas de vida.

Sin esta doble activación de lo cósmico y lo terrestre, de lo divino y lo humano, las semillas permanecerán como semillas, los gérmenes como gérmenes, las inquietudes quedan como anhelos, los ideales del alma se desvanecen como bellos sueños, y el llamado a cumplir un nuevo destino en el devenir universal queda sin respuesta.

En resumen, si ese “medio humano-divino” no existe, no hay “germen” que

crezca en ninguna parte del mundo; pasará como aquellas semillas de trigo encontradas en las tumbas egipcias: allí estuvieron durante milenios, pero recién cuando se las puso en contacto con la tierra y con el sol germinaron.

Lo mismo pasa con los “gérmes de futuro” que existen en cada uno de nosotros: tendremos las mejores in-quietudes, la mejor buena voluntad, a lo mejor un cierto día tendremos un arrebató extático que nos haga tocar el cielo con las manos, o tendremos un arrebató de servicio social o nos volcaremos en una obra de ayuda a la humanidad, pero si no existe un contacto fecundante de nuestro ser con las corrientes de energía cósmica, habremos conquistado tal vez el fruto de una obra exterior, pero el germen de lo nuevo que hay en nosotros y que aspira a abrirse en una nueva dimensión interior habrá quedado como promesa.

Pero si tenemos suficiente capacidad de apertura a nuestro ser interior, si no somos tan ingenuos como para gastar nuestras mejores energías y nuestros mejores días y nuestros mejores años en absorbernos con las cosas en el mundo, perdiéndonos en la vaguedad y multiplicidad de experiencias sin fin, y si tenemos suficiente honestidad como para responder con plenitud al llamado de las necesidades fundamentales de nuestra alma, el contacto con la corriente adecuada de energía- conciencia cósmica se producirá de inmediato por una ley de resonancia y similitud que hace que todo aquel que pide recibe y quien busca encuentra: fenómeno de resonancia entre lo terrestre y lo cósmico, entre lo humano y lo divino, que existe, pero que no sabemos aún utilizar adecuadamente porque ignoramos la ley de resonancia universal.

Conocemos las leyes de causalidad mecánica, conocemos las leyes del azar, conocemos los encuentros casuales de las personas, los amores a primera vista y otras cosas por el estilo, pero no conocemos las leyes de resonancia entre las almas.

Un sabio como Einstein abre su alma humildemente al misterio del universo e intuye las leyes de ese universo las “ve”, las “lee”, porque están ahí, ante sus ojos abiertos. Si un alma, en realidad, tiene ansias de ser, si un alma tiene un

anhelo real de crecer interiormente, encuentra enseguida las corrientes activadoras de la vida superior, porque dichas corrientes están aquí y allá y en todas partes, en cada uno de nosotros, y circulan alrededor nuestro, como circula la luz del sol que está por todas partes.

No nos engañemos, una cosa es la revolución biológica, el desarrollo psicológico, las transformaciones económico-sociales y tecnológicas de la humanidad –cada una esas cosas tiene su valor y su lugar–, pero otra cosa muy distinta es la activación de los “gérmenes de futuro en el hombre”, que requiere un esfuerzo individual en sintonía con una energía cósmica.

Pese a las dificultades de la gravitación terrestre, condiciones humanas y divinas están dadas en nuestro tiempo para que el nuevo nacimiento en el hombre se produzca: el germen del nuevo individuo duerme en la intimidad de la conciencia potencial y sólo espera el beso maravilloso del amor que lo despierte a la realidad de una nueva vida en la plenitud de la egoencia del ser.

II

METODOLOGÍA EN FUNCIÓN DE LA EGOENCIA

Dijimos en la primera conferencia que íbamos a intentar una comprensión del emerger del hombre nuevo y de su estructura fundamental de ser.

Dijimos que esta comprensión de lo que está *naciendo* en la intimidad del ser humano en esta nueva era, no es fácil, porque nuestra estructura mental y emocional está mejor preparada para ver lo que está fuera de nosotros que lo que está *en* nosotros mismos; es más fácil ver lo que muere, lo que pertenece al pasado, lo que ha dejado huellas en la historia, lo que puede repetirse o imitarse, que lo que *nace*, lo que quiere *ser*.

Decíamos que es más fácil comprender el hombre fósil y las ruinas de Egipto que el hombre futuro, y que es más fácil comprender el árbol que la semilla del cual nació.

Ustedes habrán comprobado, a través de la disertación pasada, las dificultades mías para hacerme entender, y la necesidad que tuve de utilizar imágenes, signos y palabras simbólicas que nos sirvieran de puente entre el nivel donde se da o puede darse el despertar a una nueva *vida* y el plano de la mente corriente que exige una traducción de dicha vivencia a conceptos adecuados. Recordarán que tuvimos que utilizar la imagen de la semilla, y dijimos que la *semilla*, en cuanto “germen”, no era comprensible de por sí y que sólo adquiriría sentido para nosotros en función de la convergencia de su ser con las corrientes de energía terrestre y con las corrientes de energía solar. Tal vez esta imagen de la semilla nos haya sido útil y creo que nos sirvió de cierta ayuda en la comprensión del hombre nuevo en cuanto a estado germinal.

Pero si ustedes estuvieron atentos al desarrollo del *proceso de comunicación* durante la conferencia pasada, es decir, si prestaron suficiente atención a lo que

ocurrió mientras intentábamos comunicarnos, habrán observado que aún este lenguaje simbólico de intermediación se interponía entre nosotros y, en un cierto instante, tuvimos que abandonarlo para entrar en una *comunicación directa* por resonancia de alma a alma.

Sólo cuando pudimos entrar en “resonancia” nos entendimos y, en ese momento, desaparecieron las dificultades del lenguaje y las palabras se hicieron innecesarias. Algunas de las personas que estuvieron aquí presentes y que escucharon con mucha atención, pudieron captar este *fenómeno de resonancia*. Una carta que recibí de uno de los presentes a aquella conferencia dice lo siguiente: “Su última conferencia ha sido más comprendida de lo que suponía; su ejemplo de la semilla ha sido óptimo, pero aún esto, pienso que no se hubiera asimilado sin una sintonía de las almas”.

Sobre este fenómeno de resonancia anímica quisiera que nos detuviéramos.

Indudablemente, llegados a este punto de “sintonía”, es decir, de entendimiento a nivel profundo, de comunión, estamos en mejores condiciones para comprender la “egoencia”. Yo pensaba, en esta segunda conferencia, desarrollar sistemáticamente el tema, hacerlo objeto de estudio analítico y destacar su maravillosa perspectiva dentro de la sociedad futura.

Seguramente, más de uno de ustedes pensará que por qué no me dejo de tanto preámbulo y digo de una vez por todas qué es esto de la “egoencia del ser”.

Pero temo defraudarlos: en lugar de seguir adelante desarrollando conceptualmente el tema, nos vamos a detener, a suspender la expectación de la mente, a retener el potencial de energía que pensábamos gastar en explicar la egoencia y, tal vez, en gozar de la comprensión intelectual de la misma, para revertir sobre nuestro propio ser el movimiento iniciado, y lo que podamos perder momentáneamente en comprensión objetiva ganarlo en una expansión interior del campo de conciencia.

Es decir, en lugar de aplicarnos al estudio del tema que pensábamos desarrollar, al *mensaje* que pensábamos transmitir —la “egoencia”—, nos aplicaremos al estudio del *método* para descubrirla, y veremos si podemos lograr una vivencia de dicho método. No sé si es claro. En otras palabras, la tendencia natural de la mente nos lleva querer concretar el mensaje, a objetivarlo: esta es la tendencia del movimiento de la mente cuando funciona en línea recta. Pero nosotros vamos a intentar revertir el proceso: vamos a *detener* este movimiento, vamos a *suspender el juicio*, vamos a *retener* el potencial de energía que debía gastarse en la comprensión y vamos a *replegarnos* una vez más sobre nosotros mismos tratando de ganar una apertura a un nuevo estado de conciencia. Transformaremos el movimiento centrífugo de la mente en un movimiento centrípeto, sobre sí.

Este tipo de reversión de los movimientos habituales del pensar y del sentir es fundamental en el modo de mover-se del hombre nuevo. Si ustedes llegan a darse cuenta de esto y a experimentarlo, aunque no fuera más que en una cierta medida, habrían dado un gran paso hacia la comprensión de los nuevos modos de pensar y sentir del hombre del futuro. Si ustedes pudieran experimentar en sí mismos este cambio de dimensión, si pudieran experimentarlo ahora mismo en forma instantánea, habrían penetrado en el misterio del nuevo método para explorar las leyes del universo y del mundo interior del hombre, y del método que ha de ser necesario utilizar en las relaciones humanas de la sociedad del futuro.

Este nuevo método de descubrimiento fue anunciado y practicado desde comienzos de siglo por los grandes maestros de las ciencias puras, pero en la actualidad se va incorporando progresivamente a todos los campos de la actividad humana. Observen que un hombre como Bertran Russell, al darse cuenta de la importancia de esta metódica, dijo que el gran descubrimiento del siglo XX fue “la técnica de suspender el juicio”. Posiblemente esto no resulte claro de primera intención porque se trata de intuir ciertos valores negativos que aún se nos escapan. Nosotros estamos acostumbrados a “ejercitar” el juicio, a “afirmar”

valores –como decíamos en la primera conferencia–, pero no sabemos bien lo que pasa cuando se “suspende” el juicio.

Ahora bien, si la egoencia se anuncia como un nuevo modo de ser, supone también un nuevo modo de pensar y un nuevo modo de comunicarse entre los hombres. ¿En qué consiste este nuevo método de conocimiento y de relaciones humanas?

Volvamos para ello a la conferencia anterior; no a lo que fue dicho, es decir, no a lo que fue expuesto como sistema de conceptos, como ideas o como mensaje. Pongamos todo eso entre paréntesis, como diría Husserl, suspendamos el juicio momentáneamente y veamos lo que ocurrió entre nosotros en cuanto “vivencia de comunicación”. Tratemos de sintonizarnos no con el “mensaje” sino con la “vivencia de comunicación”, tal como, seguramente, se está dando también ahora entre nosotros.

Si ustedes prestaron suficiente atención se habrán dado cuenta de que al intentar comunicarnos plenamente entre nosotros nos hemos movido y nos seguimos moviendo en tres niveles de lenguaje, ¿se dieron cuenta de esto? Es decir, hemos usado de una u otra manera, y a veces alternativamente, tres tipos de lenguaje para traducir el estado interior de conciencia que vivenciamos como egoencia del ser.

El primer nivel es el del lenguaje corriente, cuando intentábamos comunicarnos por medio de un lenguaje conceptual y emocional.

En un cierto instante, este tipo de lenguaje no nos sirvió de mucho y tuvimos rápidamente que entrar en un segundo nivel; tuvimos que utilizar un lenguaje “simbólico”, tuvimos que recurrir a la “imagen” de la semilla para expresar una totalidad difícil de aprehender, tuvimos que utilizar “palabras simbólicas” o palabras cargadas con cierta “fuerza” –palabras fuerza–.

Pero en un determinado momento, tal vez en un pico culminante del proceso de comunicación, tuvimos que abandonar todo lenguaje formal para entrar en un tercer nivel que llamamos de *resonancia anímica*.

En resumen, tenemos un primer tipo de lenguaje que llamamos “conceptual”, un lenguaje “simbólico” y un tercer lenguaje que surge cuando abandonamos todo lenguaje formal, cuando suspendemos todo juicio y cuando renunciamos a querer atrapar en las formas conocidas de la mente los estados que son propios del alma.

Puede ser que lo que llamamos “resonancia” sé de apenas en un instante, y que alcanzado ese vértice tengamos necesidad, para expresar lo intuitivo, de usar un lenguaje conceptual o un lenguaje simbólico. Pero es indispensable que en algún momento alcancemos dicho nivel de resonancia con la vida *nueva* que se está manifestando en la intimidad de cada uno de nosotros, para poder entender la egoencia.

Este método de resonancia empieza a adquirir hoy en día una importancia tan fundamental como para que podamos anunciarlo como el verdadero lenguaje y verdadero método del hombre de la nueva era.

De modo que previo a todo mensaje, a toda idea o a todo sistema de conceptos acerca del hombre nuevo, nosotros quisiéramos –queremos, mejor dicho, en esta conferencia–, conocer y experimentar el instrumento que ese hombre nuevo habrá de desarrollar para saber y comunicarse.

Los dos primeros niveles de lenguaje, el conceptual y el simbólico, son insuficientes para captar la egoencia en su ser.

Si nosotros, aquí, no podemos entrar en “resonancia” con el ser del fenómeno que se anuncia en nosotros como egoencia, no nos vamos a entender. Y esto también es algo importante que nos demos cuenta: no nos vamos a entender, no por falta de conceptos, por falta de inteligencia o por falta de “mensaje”, sino

por falta de “medio humano” que haga posible un entendimiento por similitud.

Estamos entrando en una era de comprensión diferente; nos estamos dando cuenta de que por más mensajes que haya —en realidad la humanidad ha recibido y sigue recibiendo mensajes muy importantes—, si no hay medio humano” de recepción, de arraigo, de participación de vida, es inútil el mensaje.

Debemos preguntarnos: ¿qué es más importante hoy, transmitir un nuevo “mensaje” o desarrollar un nuevo “medio” para que podamos descubrir los mensajes que fueron y que vendrán? Porque si no tenemos dicha instrumentación es inútil hablar de mensajes. Los mensajes están y se están dando, ya sea desde el pasado o desde el futuro, pero si no hay instrumento de resonancia, ¿para qué sirven los mensajes? Esta es la tesis central que quisiera desarrollar en la conferencia de hoy. Si no tenemos método de investigación, si no tenemos instrumento humano de receptividad, si no tenemos medio interior para entrar en resonancia con el hombre nuevo y la sociedad futura, no nos vamos a entender.

Pero yo quisiera destacar ahora que este método de resonancia que estamos queriendo ganar entre nosotros, no sólo tiene importancia dentro de una metodología teórica sino que tiene implicaciones en la vida práctica; y no sólo es un método a la altura de los grandes sabios que investigan las leyes del universo, sino también accesible a todos los hombres y fundamento de las nuevas relaciones humanas en la sociedad del futuro.

Empecemos por comprender que es un método de comunicación *directa*; y no sólo es el método de conocimiento “directo” de la realidad esencial, sino que también es el nuevo método de comunicación “directa” entre las almas, entre los seres humanos.

Habitualmente las personas no se comunican en forma directa; nosotros creemos que nos comunicamos en forma directa, de persona a persona, pero, en realidad, nos comunicamos por intermediarios: por medio de ideas, de palabras, de emociones. Si tenemos ideas comunes creemos que llegamos a conocernos y

comunicarnos, pero, en realidad, nos estamos comunicando por intermedio de dichas ideas. Y lo mismo si tenemos emociones comunes: nos e-mocionamos juntos o entramos en una sugestión o encantamiento mutuo, pero nuestro propio ser puede estar completamente ausente. Podemos entendernos a muy alto nivel con este *método indirecto* de comunicación a través de las ideas, las palabras o las emociones, pero podemos permanecer incomunicados a nivel del ser.

No tenemos mucha experiencia todavía en cuanto a una manera *directa* de comunicarnos de alma a alma, de ser a ser. Nos comunicamos “por medio” de emociones, nos deslumbramos unos a otros, nos sugestionamos entre sí, nos ponemos de acuerdo porque tenemos intereses comunes, ideas comunes, gustos comunes, pero todas esas cosas “comunes” son intermediarios y, por ser precisamente “comunes” —es decir, colectivas—, es que la gente, en realidad “no” se entiende, no se comunica. Si hubiera comunicación la gente se entendería mucho mejor y no habría tanta decepción; y hay decepción porque no hay comunicación directa.

Lo mismo puede pasar con el científico. Si el hombre de ciencia se comunica con la realidad a través de la intermediación de teorías o sistemas de ideas, lo único que conoce es dicho intermediario, pero no la realidad tal cual es. Los grandes sabios que inauguraron esta era nos han hecho conocer un método de conocimiento directo. Cuando un Einstein se lanza con su alma desnuda a investigar las leyes del universo, se pone en contacto directamente con dichas leyes, las apresa por una ley de similitud y sintonía con ellas mismas, sin una construcción teórica previa. La teoría vino después, para traducir aquella intuición original al lenguaje racional y matemático. En un discurso pronunciado por este sabio en la sociedad de física de Berlín, dice: “la más alta misión del físico es la investigación de estas leyes más generales del universo. Ningún camino lógico conduce a esas leyes más elementales: solamente la intuición apoyándose en el sentimiento de la experiencia conduce a ellas. El estado apto para semejantes acciones es parecido al de los religiosos o los amantes”.

Un hombre de esta jerarquía, entonces, “suspende” el juicio, elimina la intermediación, es decir, las estructuras intermedias de la mente, los sistemas de conceptos, las teorías previas, renunciando a todo esto y limpiando la mente y el corazón, despojándose de toda esa estructura que le brinda la mente común –el nivel de los conceptos, las emociones, los pareceres y los sistemas–, sin entrar en parece-res, opiniones o teorías acerca del universo, suspende todo juicio y se abre a él, y entrando en resonancia con las leyes mismas de la vida, las descubre por similitud. Este método queda así incorporado definitivamente a las ciencias puras como método excelente y fundamental de investigación y descubrimiento. Para descubrir algo en la física pura, en la matemática pura, todo el mundo acepta que es necesario utilizar este método. Entendámonos, para descubrir, no para describir o analizar los fenómenos empíricos, para lo cual hay que utilizar el método analítico.

En resumen, tenemos dos métodos: un método *indirecto* de comunicación –tanto para el conocimiento como para las relaciones humanas–: método propio de la mente racional y de las emociones corrientes. Y un método *directo* de resonancia, por similitud esencial. Estos dos métodos abren dos campos de posibilidades muy diferentes: para *descubrir* las leyes del universo y de la vida, y para descubrir a las personas tal como son, hace falta el método *directo* por similitud esencial, y para *analizar* las partes y *describir* los compuestos de las cosas, hace falta el método racional indirecto. Estos dos métodos son dos formas de pensar, de sentir y de comunicarse, cada una de las cuales tiene posibilidades y alcance propios.

Pero lo importante es darse cuenta de que un método que durante siglos ha estado, no digo ya fuera del alcance del hombre común, sino aún fuera de las posibilidades de hombres muy inteligentes, un método que era sólo accesible a los grandes sabios y a los grandes místicos, está siendo ensayado en este mismo instante por todos nosotros. El único método que podíamos utilizar la mayoría de nosotros era sólo el método de la descripción exterior de las cosas, el método de la

comparación y de la comprensión racional, pero carecíamos de un método para ir al “corazón” de las cosas, al ser de los fenómenos y a las leyes de la vida.

El método de resonancia, de conocimiento por analogía –vuelvo a repetir–, utilizado hasta no hace mucho sola-mente por una élite de sabios de la mente y del corazón, empieza a ser hoy patrimonio del hombre común, pero del hombre que quiere *descubrir* por sí mismo, no del hombre que sólo quiere repetir lo que otro ha dicho ni del hombre atrapado en el vórtice de las emociones confusas, de los pareceres, de las opiniones, de las teorías o de los sistemas.

El hombre nuevo, que quiere ganar el conocimiento de las leyes de la vida, que no se conforma con las teorías acerca de dichas leyes, sino que quiere él mismo transformarse en un investigador, en un buscador, tiene necesaria-mente que utilizar este método de resonancia, este método por similitud, este método por aproximación directa a la vida, sin intermediarios.

Einstein dice que “no hay ningún camino lógico que conduzca al descubrimiento de las leyes más generales del universo”. Pero tampoco hay ningún camino lógico que conduzca a descubrir a las personas tal como son: yo podré tener todos los datos de una persona, podré computarlos en las máquinas más perfectas, podré tener registrada al detalle su biografía, pero puedo no saber quién es. Uno de los grandes misterios que hoy enfrenta conscientemente el hombre en relación con su prójimo es, precisamente, poder descubrirlo; no vivir tampoco de ilusiones con respecto al prójimo, ni vivir de impresiones, de lo que le parece o no le parece, o de lo que dicen los demás a su respecto: el hombre nuevo quiere conocer a las personas tales como son.

Tampoco hay ningún camino lógico que conduzca al conocimiento de nuestro ser interior. Con respecto al mundo interior se han inventado muchas teorías a través de los siglos, y cada uno, cuando habla de vida interior, tiene sus propias ideas, sus propias imágenes, sus propias opiniones y teorías, y nadie quiere que le toquen la imagen que se ha formado de sí mismo. Pero una cosa es la

“imagen” del mundo interior y las “impresiones” acerca del mundo interior y otra cosa muy distinta son las leyes de ese mundo... y no hay ningún camino lógico que conduzca al conocimiento de dichas leyes.

En resumen, en este umbral estamos; estamos en el umbral de un hombre nuevo que quiere despertar, en el umbral de un querer conocer y buscar por sí mismos, y para ello hace falta el instrumento adecuado, un instrumento para ver y oír: para ver lo que pasa en el universo y para escuchar la resonancia de las leyes de la vida tanto en el prójimo como en nosotros mismos.

La egoencia, antes que nada, es inquietud de búsqueda, de anhelo de descubrir por nosotros mismos las leyes de nuestra vida interior, pero para ese tipo de descubrimiento necesitamos funcionar también nosotros mismos como “partícula de resonancia”. Les dejo esta nueva imagen tomada de la física nuclear: “partícula de resonancia”, para expresar un nuevo “modo de ser en resonancia” que desarrollaremos más adelante.

Ustedes podrán, ahora, comprender mejor por qué nos hemos detenido en esta conferencia alrededor del método, y por qué dijimos que el método aparecía, en cierto instante, como más importante que el mensaje. Tal vez haya pasado la era de los mensajes y entremos en la era del método. ¿Qué queremos decir con esto? Queremos decir que tal vez haya pasado la era de los mensajes ya hechos, de los sistemas ya formulados, ya definidos, de las concepciones sistemáticas acerca del mundo y de la vida, de las filosofías ya estructuradas, de todos esos modelos de ideas puestos allí para ser repetidos o para ser reproducidos en serie. Hoy en día el hombre nuevo, más que un modelo para ser imitado quiere un instrumento propio para descubrir nuevos modelos y, más aún, para descubrir por sí mismo las leyes que presiden la vida: y ese es el grito de individualidad de la egoencia naciente.

La egoencia empieza a manifestarse cuando el hombre no quiere modelos para ser repetidos sino que busca descubrir la raíz de la vida que se da en forma única y original en sí mismo.

La egoencia no es una nueva teoría —empecemos por ahí—, no es un nuevo sistema de conceptos que yo haya fabricado y pretenda formular como nueva doctrina acerca del hombre del futuro, no es una nueva especulación de la mente, no es una nueva filosofía, no es una visión del hombre y del mundo, no es una nueva religión ni un nuevo mensaje social. Es decir, no es una nueva concepción teórica para ser formulada racionalmente ni es una doctrina para ser aprendida o imitada. Este tipo de construcciones sistemáticas pueden ser muy interesantes, muy nobles y de cierta utilidad, pero son construcciones.

La egoencia es una necesidad individual de ser, es una necesidad de libertad interior, es una necesidad de lograr una armonía de valores humanos y divinos, es una necesidad de conocer y experimentar las leyes fundamentales de la vida individual y del universo, pero experimentar todo eso por sí mismo. Y, al mismo tiempo, es un negarse a que dichas leyes y necesidades le sean impuestas por autoridad, como sistema ya fabricado de ideas y conceptos o como teorías previas acerca del hombre y de la vida.

El hombre nuevo quiere descubrir las leyes de la vida porque está cansado de las teorías, y también está cansado de los empirismos y de las experiencias sin fin; está cansado de andar a los tumbos y de aprender sólo por el dolor de la experiencia. Queremos, de una vez por todas, entender las leyes de la vida y ser nosotros mismos esas leyes.

Más importante, entonces, que recibir un nuevo mensaje acerca del hombre y de la vida es poder disponer de un método *individual* para descubrir las leyes de ese nuevo hombre que apunta en cada uno de nosotros y que ya existe sobre el planeta sin que podamos, a veces, reconocerlo.

Es precisamente en función del método que tenemos conciencia de nuestras limitaciones de estructura, limitaciones de instrumentación humana: no tenemos suficiente ojo ni suficiente oído para ver y escuchar lo que se está dando en el nuevo marco espacio temporal del universo, pero, en cambio, tenemos abundancia

de mensajes. Nos sobra mensaje y nos falta instrumento y medio humano para recibirlo.

El instrumento racional y emocional que hemos perfeccionado a través de cientos de miles de años resulta insuficiente para responder a las necesidades del hombre nuevo y para recibir el nuevo mensaje que está vibrando ya en el universo a través de la vida de los mensajeros que se anticipan a los tiempos.

Previo a todo mensaje, entonces, necesitamos afinar un instrumento de resonancia; necesitamos abandonar los métodos ya caducos; y necesitamos renunciar a las estructuras condicionadas de la mente para adquirir un cierto grado de libertad interior, un cierto grado de flexibilidad y un cierto grado de ofrenda para que los gérmenes de futuro que se anuncian a sí mismos en el hombre puedan encontrar respuestas individuales que haga posible su desarrollo.

Sin un cierto grado de libertad interior, sin una cierta apertura de la mente y del corazón y sin un cierto grado de renuncia y ofrenda de sí mismo, es imposible captar lo nuevo que hay en el hombre y en el mundo, y seguiremos reaccionando... En lugar de sintonizar lo nuevo, de entender lo nuevo, de sentir lo nuevo, en lugar de resonar a lo nuevo para hacerlo nuestro, seguiremos reaccionando, seguiremos siendo hombres viejos que reaccionan, que reaccionan con su vieja estructura y se niegan a transformarse.

Parte II

SUMARIO

SIGNOS DE LOS TIEMPOS Y SEÑALES EN EL CAMINO

LA PARTÍCULA DE VIDA REDIMIDA Y EL DIVINO NACIMIENTO EN EL HOMBRE

III

SIGNOS DE LOS TIEMPOS Y SEÑALES EN EL CAMINO

Vamos a resumir brevemente lo dicho en las dos conferencias pasadas.

En la primera conferencia hablamos del anuncio de un nuevo tiempo y un nuevo hombre. Dijimos que cuando hablábamos de “gérmes de futuro en el hombre” nos estábamos refiriendo a un “nuevo estado germinal”, a algo “nuevo” que quiere “nacer”, que no vemos pero que presentimos y que tiene el carácter de profético, en el sentido de que se anuncia a sí mismo en nosotros. Se anuncia interiormente como una necesidad de ser, como una necesidad de libertad interior y como una necesidad de unión del ser individual con las leyes del universo y de la vida.

Pese a este carácter íntimo, el nacimiento del nuevo hombre no puede ser comprendido sino dentro de un alumbramiento cósmico que, por abarcar el universo y tener derivaciones fundamentales en la vida humana, se configura como nacimiento de una nueva era. Dijimos que el fulgor de este alumbramiento cósmico, la luz de esta nueva “estrella” que marca el nacimiento de un nuevo tiempo fue vista por anticipado por los grandes profetas de la era moderna: los grandes maestros de la ciencia, los grandes maestros del corazón y las almas simples intuyeron un nuevo ciclo y una nueva tierra y, en ese nuevo horizonte, la

vida del hombre estaba llamada a colmar un nuevo sentido de la existencia.

La segunda conferencia la dedicamos al método en función de la egoencia. En lugar de presentar la egoencia como un mensaje teóricamente formulado, nos aplicamos al método para descubrirla. Preferimos “ver” la egoencia, “intuirla” originalmente, con anterioridad a toda teoría acerca de la misma.

Reconocimos tres niveles de lenguaje, y dijimos que los dos primeros niveles –el conceptual y el simbólico–, eran insuficientes para captar la egoencia, y que es indispensable alcanzar el nivel de resonancia con la egoencia misma allí donde se dé originalmente, para entenderla.

Dijimos, por último que, hoy por hoy, la inquietud se centra más que en una necesidad de recibir un nuevo mensaje ya fabricado o una nueva teoría acerca del hombre y del universo, en una necesidad de búsqueda, en un afán de descubrir por sí mismo las leyes que rigen el mundo y la vida.

Dos palabras previas, aún, con respecto al método de exposición que estamos utilizando en estas conferencias y que, seguramente, seguiremos utilizando más adelante. Utilizamos una didáctica de participación y de desarrollo progresivo de las ideas. Iremos desarrollando la idea de la egoencia del ser en sucesivos cursos, y no tenemos apuro en formular una teoría, por eso ustedes se habrán dado cuenta de que repito muchas veces los conceptos expuestos. Algunas personas me han dicho que por qué repito tanto las cosas que ya he dicho. No repito las ideas porque suponga, simplemente, que ustedes no las entienden; las repito porque estoy utilizando una didáctica de resonancia. Si ustedes “escuchan” atentamente se darán cuenta de que no las repito en el mismo tono ni en el mismo contexto. Tenemos que aprender a “escuchar” los distintos tonos en que se dice una misma cosa y esto tiene mucha importancia en este método de comunicación.

Y ahora entremos directamente al tema que nos hemos propuesto en esta tercera conferencia: signos de los tiempos y señales en el camino.

¿Cómo reconocer lo nuevo que hay en el mundo?

¿Cómo reconocer al hombre nuevo?

Y, sobre todo, ¿cómo reconocerlo por nosotros mismos?

Intentemos la investigación utilizando el método por analogía y por resonancia anímica que empezamos conocer.

Ante todo, una forma de evasión de este reconocimiento es creer que ya lo hemos logrado, que ya somos hombres nuevos, y que lo somos porque pertenecemos a algún grupo de avanzada, –ya sea religioso, político, artístico, científico–, o que somos hombres nuevos porque nos hemos despojado de ciertos prejuicios, o porque tomamos ácido lisérgico..., que comprendemos al hombre nuevo porque podemos explicarlo con alguna teoría, con alguna nueva visión del mundo y de la vida, con alguna filosofía social o política o con una nueva antropología racional, y creer que porque poseemos un sistema coherente de ideas acerca del hombre y del universo ya tenemos una guía segura.

En realidad, en este viaje en el mar de lo desconocido, como en todo viaje, necesitamos puntos de referencia, “señales” en el camino. Tanto los antiguos y míticos argo-nautas, que iban en busca del vellocino de oro, como los modernos astronautas, que van en busca de nuevos mundos desconocidos, y como los futuros “egonautas” –permítaseme el neologismo para designar a los buscadores de la egoencia–, todos estos peregrinos necesitaron y necesitan “señales” y “guías” en el camino: solos se perderían irremisiblemente en los abismos tenebrosos.

Pero, ¿dónde están estas señales? ¿Qué señales pueden orientar a los “egonautas”, cuando por su misma naturaleza de tales han desechado los marcos de referencia que tenía el hombre del pasado, y cuando por vivir en una época de

transición como la nuestra, lo nuevo y lo viejo se mezclan en tan confusas corrientes que es difícil tener señales seguras para orientarse en el camino?

¿Qué señales, volvemos a repetir, pueden ser tomadas como puntos de referencia que orienten al futuro?

Los buscadores de la egoencia deben aprender a mirar por sí mismos, confiar en su propia capacidad de “ver” y de “sentir”, y tener “pureza de intención”: con dichas actitudes interiores, las “señales guías” se revelarán por sí mismas, pues las condiciones están dadas en el hombre y en el mundo como para que el que tenga ojos vea y el que tenga oídos escuche.

El “egonauta” debe aprender a mirar el cielo, a mirar el mundo que lo rodea y a mirarse a sí mismo, porque en el cielo, en el mundo y en sí mismo están escritas y marcadas las señales que lo orientarán en su búsqueda. Entendámonos, no me estoy refiriendo a símbolos muertos, a referencias históricas, a profecías hecha letra, sino a signos vivos, capaces no solamente de “señalar” el rumbo al caminante sino de brindarle la energía y el conocimiento necesarios para iniciar el camino.

Primero hay que aprender a mirar el cielo para guiarse por las estrellas, como los antiguos navegantes; y aún los modernos astronautas también se guían por las estrellas. Hay que aprender a tener “mirada cósmica”, a intuir el secreto del universo, a tener la mirada del artista, del sabio o del santo; a mirar lo grande para comprender lo pequeño; a contemplar el universo para entender al hombre.

Una de las principales dificultades que tenemos para comprender la egoencia es por habernos acostumbrado demasiado a una mirada analítica reducida a un campo psicológico social, a una “mirada terrestre”, y la mirada terrestre es insuficiente para abarcar la totalidad del mundo y de la vida.

Pero cuando el alma sincera se “abre” al misterio del universo en busca de la verdad, descubre la “estrella guía”, la “presencia misteriosa” que guía al navegante, la “luz del medio divino” que permite “ver” en la noche de lo desconocido. En realidad, el nuevo tiempo se anuncia en el cielo por una nueva “estrella”, por una “presencia inefable” que lleva en sí misma el principio y el fin de una época. Volvemos con esto a repetir algo que ya dijimos en conferencias anteriores, y lo repetimos para poder ganar en profundidad la idea de “medio divino” que nos será de mucha utilidad para comprender el sentido de futuro.

Nosotros hemos mencionado a los “grandes seres” que inauguraron con sus descubrimientos la nueva era, es decir, hemos hecho referencia al “medio humano”. He hablado luego del método intuitivo que utilizaron para tales descubrimientos. Pero sin un “medio divino” no hubiera sido posible ningún descubrimiento. Veamos si podemos intuir esto último con más claridad.

Las leyes del universo y de la vida “están escritas”, y los “hombres adecuados para lograrlas” están presentes en nuestro tiempo, pero sin la Luz que ilumina no es posible ninguna lectura. Yo puedo tener un mensaje escrito en este papel, y puedo tener los ojos necesarios y el instrumento mental necesario para decirlo, pero si no hay luz que me permita verlo no lo podré leer. Estos tres elementos conjugados son fundamentales para entender esto que llamamos “tiempo nuevo” y “nueva era”.

Está bien que en la segunda conferencia acentuéramos el valor del método intuitivo, pero no nos engañemos, la intuición por sí misma, aunque es un instrumento extraordinario y de posibilidades superiores a la razón, no es sino un “ojo”, tal vez un ojo más perfeccionado que tiene posibilidad de aprehender directamente la verdad, pero el ojo por sí mismo es incapaz de leer: hace falta una “luz”.

Nuestra época de descubrimientos no es simplemente la de un descubrimiento humanista, no es sólo un renacimiento inspirado por grandes sabios –hecho posible por la grandeza de un “medio humano” puesto en juego en un cierto momento histórico–, sino que tiene, desde el origen, el carácter de un encuentro humano-divino. En otras palabras, no es solamente el hombre sabio o el hombre santo que van en busca de una ley sino que es al mismo tiempo, una Ley que viene en busca del hombre. No es sólo un nuevo “medio humano” que se desarrolla y amplifica, ni un nuevo “método” que hace posible descubrir las leyes del universo, sino que dicho “medio” y dicho “método” adquieren plenitud de sentido en “medio divino” que se revela en ellos.

No sé si esto acabo de decir es percibido por ustedes con claridad. En una palabra, el medio humano de por sí, la grandeza del hombre en su mente y su corazón, y el desarrollo pleno de las posibilidades de ese ser humano de por sí, ni el método por elevado que sea –intuitivo, por similitud o resonancia–, de por sí, adquieren sentido de totalidad sino en el medio trascendente en que se manifiestan. Sin este medio trascendente que otorga unidad de sentido, los descubrimientos y las obras que se realizan serían como retazos de arlequín, mientras que la nueva era se presenta como un todo coherente en que cada pieza adquiere sentido en el conjunto de una gran obra universal.

Miremos ahora el mundo que nos rodea.

Veamos las condiciones nuevas que se están dando en el medio circundante; es decir, veamos lo que está ocurriendo alrededor de nosotros mismos en el mundo circundante.

Entramos así al estudio del "nuevo medio ambiente", de la nueva "tierra" donde ha sido plantada la semilla del hombre futuro. Anticipémonos a decir que esta tierra ya no es la tierra ni el medio ambiente en que nacieron los hombres de mi generación. Han ocurrido desde entonces grandes cambios, y ahora vivimos en un nuevo medio ambiente "energético" que tenemos que aprender a valorar, no

sólo en sus consecuencias prácticas y tecnológicas sino también en sus posibilidades existenciales.

En forma muy resumida diremos que el nuevo medio ambiente está dado por un nuevo medio ambiente “físico-telúrico”, un nuevo medio ambiente “cósmico-espacial” y un nuevo medio ambiente “tecno-económico-social”.

No podremos entrar en el desarrollo de todas estas ideas. Yo sólo me referiré a las perspectivas existenciales de los cambios que se han dado y que se siguen dando en el medio ambiente.

En primer lugar ya sabemos que se ha dado en este siglo la desintegración artificial de la materia, la primera señal fundamental que tenemos que aprender a ver y comprender.

Cuando hablamos de la desintegración de la materia, de la energía atómica, enseguida pensamos en sus derivaciones tecnológicas: en los isótopos radiactivos que se utilizan para tratar ciertas enfermedades, en las centrales termo-nucleares para producir energía eléctrica, en el reloj atómico, en la bomba atómica, en la radiación atómica que contamina la atmósfera, pero aún no nos damos cuenta de que la desintegración de la materia no sólo señala para la humanidad un camino hacia el progreso tecnológico o hacia una posible destrucción, sino que también es signo del fin de la “existencia material”, y abre las puertas a un nuevo modo de existencia que es un tipo de “existencia energética”.

Luego tenemos otra señal que se da en el medio ambiente, que es la conquista del espacio cósmico, una señal maravillosa. Pero cuando hablamos de una apertura hacia el espacio cósmico, enseguida pensamos en el viaje a la luna, en las cosmonaves, en las estaciones interplanetarias, pero todo eso es sólo la faz técnica del descubrimiento: hay, además, una faz existencial que es la posibilidad de un modo de existencia no-gravitacional. Hemos vencido la gravedad terrestre por la poderosa energía acoplada a los cohetes, pero tenemos que darnos cuenta de que la “gravedad” no es sólo una fuerza física, es también un modo de existencia

ligado a la materia: se abre ahora la posibilidad de un nuevo modo de existencia no gravitacional, hecho posible por el conocimiento de las leyes internas de dicho tipo de existencia. Existencia no-gravitacional es un modo de vivir sin el sostén de aquellos aspectos de vida que nos ligan y retienen en la materia.

Y por último, cuando hablamos del medio ambiente tecnológico enseguida pensamos en las computadoras, en la automación, en las plantas industriales completamente automatizados, en los medios de comunicación instantánea, etc., pero eso es, también, la faz mecánica y técnica del proceso.

¿Pero no nos hemos dado cuenta de que dicha tecnoestructura, al final, es corporizar lo mecánico que hay en el hombre fuera del hombre? Es decir, se abre la posibilidad de una existencia mecánica “fuera” del hombre. Si nosotros imagináramos que todo lo mecánico que hay en el hombre saliera fuera de nosotros, si quedáramos libres de ello, ¡qué enorme peso nos quitaríamos de encima!, ¿no es así? Y bien, el medio tecnológico nos brinda esa posibilidad y nos coloca en el umbral de una mutación psicobiológica. Muchas de las dificultades y obstrucciones de vida que tenemos hoy en día son porque llevamos un pesado mecanismo “dentro” de nosotros. Pero, poco a poco, vamos delegando dichas funciones mecánicas a las computadoras y a los servomecanismos, y este paso nos abrirá un campo mental y espiritual de grandeza insospechada.

En resumen, se están dando condiciones nuevas en el medio circundante. Repetimos: hemos hablado de las señales que marcan la desintegración de la materia, el fin de la existencia material y el comienzo de una era energética; hemos visto las señales que nos anuncian un nuevo tipo de existencia no-gravitacional, y hemos visto las señales del medio tecnológico que, si bien nos asustan un poco porque pensamos que la tecnología nos va a quitar el trabajo y no vamos a saber qué hacer con el tiempo libre, nos colocan en el umbral de una nueva dimensión mental y espiritual.

Miremos, finalmente, las señales que se están dando dentro de nosotros mismos; aprendamos a ver los cambios que están ocurriendo en nuestro “medio interior”.

En nuestro medio interior se están produciendo cambios químicos, psicológicos y espirituales en gran escala, es decir, que abarcan a la humanidad en su conjunto.

Los cambios químicos se están dando, sobre todo en la mujer, por el uso masivo de anticonceptivos y, en ciertos grupos humanos, por el uso de drogas psicodélicas. Los cambios psicológicos se han dado por la apertura del mundo subterráneo gracias al descubrimiento de Freud, y con ello una posibilidad totalmente desconocida para la mayoría de los hombres del siglo pasado que es poder conocer por sí mismos los repliegues inconscientes del mundo interior.

Los cambios espirituales se están anunciando por una desazón desconocida y misteriosa propia del hombre de nuestro tiempo, que es la angustia existencial y la carencia de sentido. La angustia existencial, el vacío existencial y la carencia de sentido, perfilan para Viktor Frankl un tipo de neurosis de masas de estos tiempos. Yo opino que, más allá de toda neurosis, tales cambios del medio interior son “señal íntima” de una necesidad espiritual de encontrar un nuevo sentido a la existencia; es una señal “profética” que anuncia nuevos tiempos y nuevos modos de ser.

En resumen: cambios en el medio divino —una “estrella” que de repente alumbra en el cielo emite un quantum de energía-conciencia que anima una nueva era y puede “ver” un panorama completamente nuevo—; cambios en el medio circundante que señalan nuevos rumbos a la humanidad —hacia una existencia no-gravitacional y hacia una existencia mecánica fuera del hombre—; y cambios en el medio interior que dan un nuevo medio biológico, un nuevo medio psicológico y abren un nuevo campo espiritual.

De todas maneras, este triple juego de señales sólo marcan los "rumbos generales" hacia donde se encamina la humanidad del futuro, pero para el "egonauta" en su nave de comando individual, dichas señales convergen en una señal única, destinada para él y que señala el rumbo hacia la egoencia del ser.

En otras palabras, si mira fuera de su navío existencial ve las señales del cielo y del mundo circundante que señalan el rumbo del conjunto humano, pero si mira su propio tablero —su propia conciencia individual— allí se enciende una luz que le es propia y que señala el rumbo marcado para él; y este es el signo de la egoencia, el llamado a responder individualmente con una identificación de sí mismo a la conciencia cósmica.

En resumen, en la gran pantalla anunciadora de los nuevos tiempos vemos muchos signos, pero ¿cuál es el mío?, ¿cuál es el que señala mi propio destino, mi propia misión, mi propio sentido de la existencia?

Todos los signos que hemos visto y todos los caminos que hemos mencionado, abren nuevas posibilidades para la humanidad, predisponen a nuevos cambios, invitan a nuevas jugadas, pero, al final, para quién se busca a sí mismo, queda planteada una jugada que es definitiva y que coloca al individuo en el umbral de la egoencia, es decir, de la posibilidad de ser lo que debe ser o de no ser nada. Esta es la jugada privativa del alma individual que ofrece la posibilidad única de quebrar la barrera de la existencia colectiva para entrar definitivamente en la vida del universo con un nombre propio: y este nombre propio es lo que llamamos egoencia del ser.

IV

LA PARTICULA DE VIDA REDIMIDA Y EL DIVINO NACIMIENTO DEL HOMBRE

A través de las tres conferencias anteriores, en forma progresiva, y como ascendiendo por una rampa de lanzamiento que nos permitió escalar tres niveles de lectura –el nivel lógico conceptual, el nivel del lenguaje simbólico y el nivel del lenguaje por similitud esencial–, nos fuimos acercando a la idea de egoencia. Preferimos sintonizarnos con ella antes que formularla teóricamente. Gracias a este método de resonancia, que hemos ido ejercitando durante todos estos días que hemos estado juntos, hemos logrado una “vivencia”, un contacto directo por similitud, con este nuevo estado de conciencia individual que llamamos “egoencia del ser”.

Esta vivencia, ganada en sucesivos chispazos intuitivos en medio del fluir de nuestros pensamientos y emociones corrientes, se ha ido fijando en nosotros, más que en fórmulas conceptuales, en delicadas “impresiones” anímicas –impresiones en el sentido de algo que se imprime–, que registran lo intuitivo en las delicadas mallas del tejido del alma antes que en todo lenguaje formal. Esta delicada “impresión” del ser, previa a toda comprensión, que se da cuando el alma se pone en contacto directo con la vida que se manifiesta en su presencia, es la materia de toda comprensión y de todo desarrollo ulterior de otras formas de lenguaje.

Ganada la egoencia a este nivel de resonancia –que prácticamente es el nivel de la contemplación (lenguaje místico) – vamos ahora a descender a los dos niveles inferiores, ya conocidos, de lenguaje. Veremos cómo se dibuja la delicada vivencia intuitiva, la impresión lograda, en el lenguaje del artista; cómo se plasma en el lenguaje de las imágenes, de los símbolos, de las palabras-fuerza; y, finalmente, veremos cómo se registra en el lenguaje conceptual del científico, del lógico, del filósofo.

Retomemos, en el descenso, algunas de las imágenes que fueron surgiendo

en el segundo nivel de lenguaje. Recuerden que primero se configuró la egoencia en la imagen de lo “germinal”, de lo nuevo que nace en nosotros, que no vemos pero que presentimos. Cuando quisimos profundizar en este estado de “germen”, de “semilla”, surgió la imagen del nuevo “alumbramiento” cósmico, del “nuevo cielo” y de la “nueva tierra” donde esta semilla empezaba a proyectar un nuevo “sentido” de la existencia.

Estas imágenes de lo “germinal”, de la “semilla”, del “alumbramiento”, tienen cierto carácter de imágenes visuales. Pero a estas imágenes visuales sucedieron luego imágenes auditivas y, así, la egoencia se nos presentó como un “anuncio”, como una “voz” de la conciencia que nos llama a un encuentro profundo con nosotros mismos. Por eso dijimos que tenía el carácter de anuncio profético, en el sentido de que se anuncia a sí mismo en nosotros.

Cuando renunciamos a querer atrapar la egoencia en la red de los conceptos racionales, desplegó otro de sus aspectos, se nos presentó como “camino”, como “método” individual de búsqueda, de investigación en sí mismo y por sí mismo de las leyes fundamentales del hombre y del universo.

Y cuando ya creíamos perdernos en este camino de búsqueda, pues nos dimos cuenta de que ningún camino lógico conduce al descubrimiento de esas leyes universales, surgieron las “señales en el camino”, que marcan el rumbo al caminante de buena fe: la estrella espiritual o medio divino, las señales del medio circundante que indican los grandes rumbos de la humanidad hacia el futuro, y la señal íntima que orienta al individuo hacia un umbral donde es posible quebrar la barrera de la existencia colectiva para entrar definitivamente en la vida del universo con un nombre propio. Y tengamos presente, una vez más, que este nombre propio es un “sonido”, una “nota”, una “vibración” nueva que sella la egoencia con el carácter de lo individual.

Esta convergencia de lo humano y lo divino en un nuevo punto inferior, el acoplamiento de una “Voz” de la conciencia que llama (vibración divina) con una

partícula humana que responde, configura lo que hemos llamado “partícula de resonancia” humano-divina, es una nueva partícula individual.

En otras palabras, podemos decir que este alumbramiento de lo divino en lo humano y esta correspondencia de lo humano con lo divino, precisamente por tener carácter de Vida, es un verdadero “divino nacimiento” en el hombre.

Quisiera decir dos palabras acerca de lo que son partículas de resonancia, imagen que tomamos de la física nuclear para explicar por analogía la resonancia humano-divina. En las colisiones que ocurren entre partículas subatómicas –en determinadas circunstancias– a veces unas partículas chocan con otras y se repelen sin mayores cambios, otras veces el choque produce cambios profundos, pero hay un tipo de encuentro singular que es cuando convergen dos partículas y se acoplan entre sí de manera que “viven juntas” un cierto tiempo –generalmente muy breve– formando entre ellas un sistema de resonancia, que es una “nueva” partícula llamada partícula de resonancia: luego se desacopla y cada una sigue por su lado.

Dejemos esto aquí y continuemos con el descenso al tercer nivel de lenguaje –tercero en el orden del descenso–, e intentemos traducir la “visión” de la egoencia intuita al lenguaje conceptual: tal vez la formulación que hagamos ahora tendrá para nosotros más sentido que si la hubiéramos hecho al principio cuando aún no habíamos logrado una vivencia de la misma.

Ahora sí podemos preguntar ¿qué es la egoencia?, ¿cuál es su estructura fundamental de ser? Pregunta que formulábamos al comienzo de la primera conferencia y que en aquel entonces era muy difícil de responder.

Sintetizando, podemos decir que “egoencia es un modo individual de ser en función armónica con la conciencia cósmica”.

Vamos a analizar detenidamente esta definición pero, antes que nada, tendremos que aprender los nuevos significados que van adquiriendo las palabras en función de la egoencia; estamos utilizando palabras viejas para expresar

funciones nuevas y, por lo tanto, necesitamos afinar una nueva semántica.

En primer lugar, hablamos de “un modo individual de ser”.

La individualidad, tal como la concebimos habitual-mente, se ha constituido en el hombre por la afirmación de “valores positivos” y dentro de un campo de conciencia “separado” de la conciencia universal. Este tipo de partícula “individual” –separada de la conciencia cósmica– se afirma en sí misma como valor absoluto y se reconoce a sí misma en su obra. Debemos darnos cuenta de lo que esto significa: el hombre con este tipo de individualidad se identifica con su obra, se espeja en su obra, es lo que es su obra y se reconoce en ella. He aquí la grandeza y la tragedia del hombre que hoy llamamos “individual”: es un hombre que ve su obra objetiva, pero carece de visión en cuanto a lo divino, no ve a su prójimo –en cuanto alma–, ni tampoco se ve a sí mismo; su ser queda atrapado en su obra y, por otra parte, lo que él llama su obra es una obra parcial que no puede relacionarse con la vida del universo. Es una individualidad que se desarrolla en función de la ley “creced y multiplicaos”, o sea la línea de una voluntad afirmada positivamente para el logro de un fin objetivo; es la ley del esfuerzo, del “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Esto, indudablemente, da sus frutos. Dichos frutos del es-fuerzo personal si bien hacen posible el desarrollo de las aptitudes humanas y le dan al hombre la capacidad de trans-formar el mundo material, no son suficientes para que la persona se justifique a sí misma ni le ofrecen suficiente espejo como para que se refleje a sí misma en dichos valores y pueda ver en su obra la imagen del universo en que vive. En otras palabras, a través de su obra objetiva y separada el “individuo” no puede encontrar el sentido de su propia existencia: es la crisis fundamental de desarrollo del hombre de nuestro tiempo. Es común escuchar que algunas personas dicen: “Bueno, yo tengo prácticamente lo que quiero, pero no sé que sentido tiene mi vida”: surge una crisis de sentido.

Esta es la línea de desarrollo individual que conocemos: es el “sistema” de cada uno de nosotros.

Pero este desarrollo, hecho sobre la base de un crecimiento cuantitativo, tiene su “límite”. Cuando un fruto llega a la madurez, ¿qué pasa? Puede desembocar en una crisis de sentido: eso ya lo hemos dicho, pero las pueden ir, aún, más lejos. Por tratarse de una línea desarrollo unilateral, por ser una obra que crece en sola dirección –inspirada en un movimiento en línea recta– se corre el peligro de que dicha obra pueda hacerse torre de Babel y de que en un cierto instante se vuelva contra el sistema que la generó.

Esta es la grandeza y la tragedia de una etapa del desarrollo humano que ya consideramos del pasado. Es individualidad del hombre de "ayer", pero, entendámonos, del hombre de ayer que somos cada uno de nosotros.

La individualidad que calificamos de “egoencia” es otra cosa. Es una nueva individualidad, mejor dicho, una nueva dimensión de la individualidad que se perfecciona como tal individualidad cuando la voluntad determinante de la partícula humana se une, por ofrenda reversible, a la conciencia cósmica. Es decir, cuando la “partícula humana” con sus valores de desarrollo individual logrados por esfuerzo propio, se encuentra con la "partícula divina" y ambas se acoplan para formar juntas la nueva partícula de una “individualidad de resonancia”. No sé si esto, todavía, resulta claro, pero es un intento para acercarnos al concepto de individualidad en el sentido de la egoencia.

Es decir, que lo que calificamos de individualidad en el sentido corriente del término, nos da una partícula humana separada, mientras que la individualidad que llamamos egoencia es una individualidad en función armónica con la conciencia cósmica y que llamamos, provisionalmente, individualidad de resonancia.

Cuando decimos que la voluntad individual se une a la conciencia cósmica no estamos hablando de una unión por disolución (la partícula humana se disuelve en el océano cósmico como postulan ciertas teorías) ni tampoco estamos hablando de una unión por anulación (en que el hombre llegue a identificarse con la voluntad divina por anulación de sí mismo), sino que, más bien, estamos hablando de una

nueva “alianza”. Individualidad de resonancia, en realidad, es una nueva alianza entre lo humano y lo divino, que induce a poner los resultados logrados por el ejercicio de la voluntad individual en armonía con las leyes del universo y de la Vida.

Egoencia, entonces, no es negar los valores individuales, ni tampoco exaltarlos en valores absolutos e independientes sino hacerlos reversibles en función de leyes universales. La individualidad que conocemos habitualmente se funda en valores irreversibles, mientras que la egoencia se basa en valores reversibles.

En otras palabras, conocemos un tipo de individualidad caracterizada por un proceso de crecimiento, de desarrollo en más, de levantar piso tras piso para levantar una obra. Es un camino que podríamos llamar de ida, ¿no es así? Todos queremos llegar a algo, a una meta determinada pero, una vez que hemos “llegado”, no tenemos posibilidad de vuelta porque la vida misma ha quedado englobada y atrapada en la obra que realizamos. He crecido –como un fruto–, he llegado a una cierta madurez, pero luego, con el fruto en la mano, no puedo volver sobre mi propio ser: he entrado en el juego de los valores irreversibles. En lugar de quedar apresados y muertos por la posición de valores que se hacen antagónicos con la vida universal, queremos ganar, ahora, una capacidad de entrar en esa vida “con” dichos valores y eso lo logramos en el instante mismo en que renunciamos a ellos: en ese instante de unión –mística– entre la voluntad individual y la conciencia cósmica se produce la reversibilidad de los valores y la transformación humana.

Ustedes podrán darse cuenta de que la tragedia del hombre actual, de la civilización actual, no es tanto la carencia de valores. No es que falten valores, no es que falle el proceso de desarrollo y crecimiento, porque el crecimiento está bien, el creced y multiplicaos está bien, el viaje de ida, de subir y ascender cada vez más, es correcto, pero todo eso es una parte del movimiento de la vida. La torre de Babel, en realidad, no estaba mal concebida, mal ideada; no se vino abajo por falta

de valores, pero se fundaba en un movimiento en una sola dirección.

Nosotros no hemos aprendido todavía la ley de los movimientos vitales de ida y vuelta. Hemos aprendido a crecer, a multiplicarnos, a construir, a edificar sistemas de ideas o sentimientos, pero todas las obras humanas realizadas en una sola dirección terminan en el fracaso y la muerte, porque no hay en el universo movimiento en una sola dirección. No hay un corazón que funcione solamente en sístole o sólo en diástole; en el cosmos mismo hay movimientos de expansión de las galaxias en una parte y movimientos de contracción en otra. El hombre edifica, construye, realiza algo, pero cuando se quiere reconocer a sí mismo en ese algo no puede, porque se ha alienado en su obra, es decir, se ha vuelto extraño a sí mismo: no ha sabido ganar el movimiento de vuelta —a través de la reversibilidad de los valores—, y su unión con la conciencia cósmica. En la naturaleza se da esta reversibilidad: un fruto crece, llega a la madurez, no queda pegado a la planta que es lo que hacemos nosotros cuando nos apropiamos posesivamente de los frutos y de los valores conquistados en el proceso de desarrollo de lo que llamamos individualidad. El fruto del árbol entra en un proceso reversible cuando se lo come alguien o cuando al caer en la tierra se pudre y fecunda una nueva vida, pero si quedara prendido al árbol ¿qué pasaría?, ¿quedaría como una pieza de museo?, ¿no es así? Y nosotros corremos el riesgo de ser piezas de museo si no podemos entrar en la corriente de vida universal a través de una reversibilidad de valores. Pero la individualidad que funciona en un viaje de ida y vuelta reversible, en un movimiento de expansión y repliegue, de desarrollo y renuncia, es el modo de ser que identificamos como egoencia y cuya estructura se define en la unión de la voluntad individual con la conciencia cósmica.

Antes de seguir adelante debemos ponernos de acuerdo acerca de qué entendemos por conciencia cósmica.

Cuando nosotros hablamos de conciencia cósmica tenemos que aclarar, ante todo, que no se trata de la habitual “conciencia psicológica”, aunque supongamos a la misma como infinitamente amplia y profunda.

En el estado corriente de la existencia humana, la conciencia psicológica está separada la voluntad; tenemos conciencia de una cosa y hacemos otra, ¿no es así?: no tenemos una conciencia unitaria que sea, al mismo tiempo, conciencia, voluntad y vida. Tenemos una conciencia objetivada, es decir, que cuando tomamos conciencia de algo, la conciencia queda atrapada e identificada con ese algo.

En cambio, cuando hablamos de conciencia cósmica, nos estamos refiriendo a la conciencia que trasciende el universo, a la conciencia divina –que es conciencia y voluntad al mismo tiempo–, o sea conciencia, energía y Ley universal. En realidad, mejor que llamarla “conciencia” debiéramos llamarla simplemente Vida, con mayúscula; una vida que no conocemos todavía, pero que presentimos; más aún, que amamos antes de conocerla; una vida que no está limitada por la muerte ni por las esclavitudes naturales; una vida libre.

Nosotros no conocemos la vida libre, sólo conocemos la vida condicionada al tiempo, a las circunstancias, condicionada a un cierto tipo de obra. Esta vida condicionada la reconocemos como vida biológica, vida mental o vida emocional, pero en el fondo de nuestra alma queremos ser libres. Y la unión de la voluntad individual con la conciencia cósmica da al hombre el sentido de la libertad interior. Podemos decir, entonces que “la egoencia nace bajo el signo de la libertad interior”.

Volviendo al tema de la conciencia cósmica se plantea, ahora, la siguiente pregunta: ¿Puedo unirme directamente con lo absoluto, con lo trascendente, o necesito un medio adecuado para ello?

¿Puedo alimentarme directamente de la conciencia cósmica? ¿Puedo ir a beber directamente al océano de la conciencia cósmica? Ustedes saben que sobre estas cosas se han formulado muchas teorías, pero nosotros no vamos a hablar aquí de teorías sino de lo que hemos visto y experimentado por nosotros mismos.

Yo confieso que me gustaría alimentarme directamente de la energía solar;

me parece que ha de ser algo extraordinario y pienso que algún día el hombre, en lugar de su complicado sistema de alimentación por el aparato digestivo, va a poder utilizar directamente la energía del sol; pero, en el momento actual, yo no puedo hacerlo ni creo que ninguno de ustedes pueda hacerlo, ¿no es así?: no tenemos un pigmento verde en la sangre que nos permita asimilar directamente la energía solar como hacen las plantas. En forma análoga, cuando hablo de “conciencia cósmica” entiendo una medida de conciencia cósmica que se da en “alguien”; un quantum de energía divina que se da o puede darse en “alguien”, en un ser, en un persona, en un alma; y entiendo un grado de libertad interior y de participación a la conciencia cósmica que da en “alguien”; en resumen, una “partícula de vida redimida” que se da en “alguien”: vida “redimida” es vida rescatada de las esclavitudes del tiempo, del espacio y de la materia, por el esfuerzo, el sacrificio y el amor de ese “alguien”.

A través de las edades y los tiempos, en Oriente y Occidente, en todas las razas, religiones y culturas, miles y miles de almas se han esforzado, con distintos métodos y en diferentes circunstancias, por tender un puente entre lo humano y lo divino: muchos fracasaron y fracasan en ese intento, pero en algunas almas —y como fruto destilado del esfuerzo y el amor—, emerge una “partícula” de vida redimida, un “fotón” de luz espiritual que es su aporte y su herencia a la vida permanente. El conjunto de estas almas liberadas, de estas “partículas” de “alta calidad de vida”, de alto nivel de energía, de alto grado de conciencia y gran fuerza de amor, forman una corriente de radiación universal liberadora. Su influencia es extraordinaria en el desarrollo de la vida espiritual del planeta; estas “ultrapartículas” nos bombardean constantemente y constituyen el fermento catalítico de las transformaciones de la vida: son algo así como los rayos cósmicos, invisibles al ojo, pero de poder extraordinario. El afinamiento progresivo de la sensibilidad humana permitirá reconocer la importancia de esta radiación espiritual en la genética espiritual del futuro.

A nadie le extraña hoy que la herencia biológica se transmita por pequeñas

partículas: son los genes, partículas ultramicroscópicas que están en el núcleo de las células y que resumen la información acumulada por la especie. Recibimos la información biológica codificada en esas pequeñas partículas, pero tenemos que aprender a conocer los “genes” que transmiten la herencia espiritual que, en realidad, es el resumen de la experiencia cósmica que fue adquirida por la humanidad que está delante de nosotros. A ver si me explico mejor:

Nosotros conocemos una herencia biológica, es decir, conocemos las partículas genéticas transmitidas por los hombres que están “detrás” de nosotros. Pero hay otra herencia, otras partículas y otros genes que vienen de una humanidad que está “delante” de nosotros, en el futuro, y que la constituyen las almas liberadas. Es la herencia de la humanidad que se nos está adelantando y que resume en su corriente el con-junto de experiencias liberadoras: es la corriente genética de la humanidad cósmica. En otras palabras: no sólo recibimos la herencia terrestre de nuestros padres, de nuestros abuelos y de toda la especie animal que está “detrás” de nosotros, sino también la herencia de “vida redimida” de las almas libres: es la transmisión de la herencia liberadora del futuro.

Conocidas las leyes de la gestación terrestre, tenemos que aprender a conocer las leyes de la gestación espiritual.

Cuando hablamos de herencia sólo nos imaginamos la herencia colectiva condicionada del pasado, que nos marca con el signo de la familia terrestre, de la sangre, de la raza, pero hay un tipo de herencia liberadora que aún no conocemos bien: un tipo de partícula genética transmitida por una paternidad y maternidad espirituales que nos marca con el signo de la humanidad cósmica y de la familia de las almas liberadas. En estas partículas de “alta calidad de vida” está resumida también — como en un código genético—, la información, la enseñanza y la experiencia liberadora de las sucesivas oleadas de hombres que han conquistado un cierto grado de vida libre. La poderosa irradiación de esta corriente de conciencia-energía-vida, se está haciendo sentir con intensidad creciente en el umbral de la nueva era y podemos decir que su irrupción en el

horizonte de la humanidad terrestre “inicia” el nacimiento del hombre cósmico.

La egoencia nace, entonces, bajo el signo de la vida. No es un estado que se logre por medio de una creencia, una ideología o una organización social, ni por el desarrollo de poderes psíquicos, sino por medio de la vida libre de “alguien”: es lo que podemos llamar el signo del “encuentro” que nos lleva a la “presencia” de la vida redimida misma y al contacto con la conciencia cósmica que se da en un alma similar.

El encuentro con “alguien” en quien se dé una alta calidad de vida tiene una importancia fundamental en el destino de todo hombre porque es la posibilidad única en que un alma pueda reconocerse a sí misma en el espejo que le ofrezca otra alma similar.

Este tema del “encuentro” es algo sumamente interesante, que merecería de por sí todo un curso: en alguna otra oportunidad vamos a profundizar esto. Por ahora sólo diré que hay encuentros “esclavizantes” y encuentros “liberadores”. Tenemos que aprender a reconocerlos por anticipado: es uno de los “sentidos” que habrá de desarrollar el hombre del futuro y que le permitirá entrar en resonancia con las almas que buscan similarmente la libertad interior para formar con ellas la sociedad espiritual. Porque si no, ¿de qué vale la organización social si los seres humanos, en lo íntimo, se esclavizan unos a otros?

Todo esto es muy importante, como decíamos, pero antes de formular una teoría acerca del “encuentro” veamos si podemos lograr una vivencia del encuentro que se está dando aquí y ahora entre nosotros. En realidad, estamos experimentando aquí un tipo de encuentro: nos hemos encontrado por motivos que tal vez ignoramos en profundidad, pero estamos reunidos de cierta manera. Tendríamos que poder intuir la “calidad” en que se está dando este encuentro, la “intención” que une a las almas en el encuentro y lo que hace de una reunión de personas una reunión de almas. No estamos reunidos aquí por un interés material, para vendernos algo o para hacer un negocio, ni estamos reunidos para utilizarnos

ni para sacar algún partido de los otros: estamos reunidos por algo trascendente, por una necesidad de nuestra alma de participar en la comunidad espiritual, de “ser” en la reunión de almas. Y esta necesidad de comunión es una de las necesidades fundamentales del hombre, tan importante como el agua y el pan que se lleva a la boca.

Reunión de almas no es una organización ni un encuentro organizado entre las personas sino que es un encuentro trascendente: reunión de almas es la matriz de la sociedad espiritual, el fundamento de la sociedad civil y el campo humano-divino donde puede manifestarse la vida liberada.

Retomando ahora la definición de egoencia a nivel de comunidad, podemos decir que “egoencia” es un modo de caminar juntos por el camino, un modo de vivir en la comunidad espiritual y en la sociedad civil; un modo de participar al don divino de la vida redimida y al sufrimiento humano, un “modo individual de ser en comunidad”. Cuando hablamos ahora de “individualidad”

¡qué lejos estamos de aquel individualismo antagónico y separado de la vida universal! La egoencia, en cuanto individualidad, es un modo individual de “ser en comunidad”.

Este “modo individual de ser en comunidad” es el carácter nuevo que distingue a la egoencia del liberalismo individualista del pasado y de algunas llamadas ciencias liberadoras: no es la experiencia liberadora por negación del mundo, ni por unión con lo “absoluto” con una conciencia cósmica absoluta que libere al alma de un mundo ilusorio, sino que es una experiencia liberadora y redentora en el mundo, no por negación del mundo sino por transformación del mismo, y no solamente por la transformación de un mundo que está “fuera” de mí y del mundo que tomo sobre mí para transformarlo en mí: participación.

También está muy lejos la egoencia de todo “colectivismo”. Cuando hablamos de un ser en comunidad, nos referimos a una comunidad esencial, humana y divina a la vez, que ofrezca el clima, el alimento y el medio adecuado para que el hombre pueda alcanzar la más alta expresión de su individualidad y no un medio donde pueda perderla. Esta es la tragedia del hombre actual ¿no es así?: o bien un individualismo que lo separa de la comunidad humana y divina o un comunitarismo organizado que lo anula como individuo.

La egoencia, como “individualidad en la reunión de almas” supera estas contradicciones. La reunión de almas es algo maravilloso: es un modo de ser y un modo de vida que casi no conocemos, porque estamos acostumbrados o bien a estar solos o bien a estar “ligados”, “comprometidos” y “esclavizados” unos con otros. Reunión de almas es un nuevo tipo de sociedad, mejor dicho, una sociedad que ha existido siempre pero que necesitamos rescatar de la alienación a que la ha conducido un individualismo estrecho y un colectivismo masificante.

Pero nos falta todavía un signo más. No es suficiente el signo de la vida redimida, y no es suficiente, tampoco, el signo del encuentro con el compañero de camino –de la reunión de almas que nos brinda el clima, el medio, la radiación de luz y amor para crecer como individuos–. Para que el germen de la egoencia se active hace falta el signo de la “ofrenda de sí mismo”. Efectivamente, pudimos, tal vez, escuchar la Voz divina que nos llama en la noche de lo desconocido –la “señal divina”–, pudimos, tal vez, ver con claridad las señales que marcan los grandes rumbos a la humanidad del futuro, pudimos intuir el método y el camino para lograr una individualidad de egoencia, pudimos estar en presencia de la vida redimida de las almas similares que nos invitan a marchar juntos por el camino de la liberación, pero si no se da en nosotros una respuesta vital, no hay transformación alguna. Nuevamente la libertad individual ad-quiére aquí su plenitud de sentido: todas las condiciones para ser libre pueden estar dadas pero si el hombre no se ofrenda a sí mismo, si no se da a sí mismo y no entra en el juego de la libertad espiritual con su propia vida, su transformación interior no se

produce.

Seremos, tal vez, los románticos que cantaremos el nacimiento de un nuevo mundo, seremos, tal vez, los idealistas que soñaremos con nuevas utopías sociales, seremos, tal vez, los rebeldes que alzaremos nuestra voz contra las injusticias, o los reaccionarios que iremos contra los sistemas establecidos, contra el mal y contra lo viejo, pero no seremos los creadores de un hombre nuevo y de un mundo nuevo si no tenemos capacidad de ofrenda y de renuncia a nosotros mismos.

Cuando decimos “renuncia a nosotros mismos” no queremos decir negación del hombre ni de la vida, sino capacidad de revertir el “sistema” de nuestra propia vida para “liberar la energía viva” ligada a dicho sistema. En otras palabras, la egoencia nace con el signo de una “maternidad creadora”, que es una capacidad de amor, por la renuncia y sacrificio de sí mismo, para liberar un quantum de energía vital que hemos aprisionado y retenido en nuestro “sistema” a través de un sentido posesivo de la existencia, y que una vez liberada se transforma en “alimento” para nuestros hijos. Decimos que la misión del hombre nuevo está bajo el signo de la maternidad creadora porque esta energía liberada por la renuncia genera una corriente de vida que se brinda como alimento para la humanidad.

Hoy en día tenemos que revisar profundamente lo que llamamos vida espiritual. Ya no podemos aceptar espiritualismo romántico e idealista. Hay demasiado dolor, demasiado sufrimiento moral y demasiada oscuridad en el mundo como para que podamos darnos el lujo de una espiritualidad de consumo que, en realidad, es lo que conocemos: una espiritualidad de refinamiento social, de embellecimiento propio, de iluminación, de sabiduría, una espiritualidad fundada en el consumo de los dones del espíritu y enriquecida por la adquisición de nuevos poderes o nuevas luces.

Pero la espiritualidad de egoencia nace con el signo del sacrificio, con el signo de la maternidad creadora, con el signo de la gestación de vida: es el gesto del hombre nuevo que habiendo conquistado un valor es capaz de renunciar a él

para liberar un potencial de energía que sirva de alimento y de estímulo al desarrollo de los demás.

Ustedes saben que la nueva era se anuncia por el signo de la desintegración de la materia y la liberación de energía, pero ésta es sólo la faz material de un proceso mucho más profundo, y de alcances insospechados, que culmina en la egoencia del ser. La egoencia se basa, fundamentalmente, en la capacidad del individuo de renunciar a la posesión de la vida cósmica acaparada en su propio “sistema” y utilizada habitualmente para su propio desarrollo, para liberar una “partícula” de alta energía y calidad de vida que genere una corriente liberadora apta al servicio de la humanidad.

Se habla mucho del desarrollo por esfuerzo propio, de autodesarrollo, del hombre que se hace a sí mismo, y otras cosas por el estilo, pero la verdad es que tales valores de desarrollo se hacen generalmente a costa del esfuerzo de millones y millones de seres que no hemos conocido ni conoceremos jamás: en realidad, gozamos de un desarrollo hecho a costa del subdesarrollo de los demás, pero de esto difícilmente tenemos conciencia.

El hombre nuevo ama el desarrollo, pero un desarrollo fundado en la energía de su propia vida, no en base a la vida de los demás. La egoencia nace bajo el signo de la vida, de su transformación y desarrollo, pero renuncia a un desarrollo que tenga que ser hecho sobre el sudor y las lágrimas de los demás; más aún, nace bajo el signo de la Madre creadora, que brinda su propia energía para que vivan los demás: no hacer una posesión de la energía cósmica ni de la energía humana.

En resumen, la egoencia nace bajo el signo de la energía liberada de nuestra propia vida a través de la renuncia: esta es la última “señal” que apunta al desarrollo de la nueva sociedad universal.

Señoras y señores.

Hemos llegado al término de este ciclo de conferencias acerca de la

egoencia del ser, en que hemos querido presentar algunos aspectos de la ley interior del hombre nuevo.

Tal vez, hasta ahora, el advenimiento del hombre nuevo haya sido solamente posible postularlo como teoría, como un acto de fe, como ficción o como profecía para el futuro pero hoy lo podemos caracterizar como hecho real, viviente, y mostrarlo con suficiente evidencia como para que aprendamos a reconocerlo, por similitud, en nosotros mismos, y podamos, así, no sólo predicarlo sino vivirlo.

Agradezco vuestra presencia y vuestra compañía y hago votos para que en esta reunión de personas se dé el signo maravilloso y trascendente de la reunión de almas.

Muchas gracias